Cortejo a Arthur Rimbaud en *Iluminaciones*



María del Carmen Paiva

ARANDURÃ
EDITORIAL

Índice

Infancia 5

Acercamiento 7

Después del diluvio 9
Infancia 11
Cuento 13
Parada 15
Antiguo 17
Being Beauteous 19
Vidas 21
Partida 23
Realeza 25
A una razón 27
Mañana de embriaguez 29
Frases 31
Obreros 33
Los puentes 35
Huellas 37
Ciudades 39
Mística 41
Alba 43
Flores 45
Nocturno vulgar 47
Marina 49
Fiesta de invierno 51
Angustia 53
Metropolitano 55
Bárbaro 57
Promontorio 59
Escenas 61
Tarde histórica 63
Movimiento 65
Bottom 67
Devoción 69
Fairy 71
Genio 73

Despedida 75

Cortejo a Arthur Rimbaud en *Iluminaciones*

María del Carmen Paiva

Asunción, durante los meses
de enero y febrero del año 2002

ARANDURÃ
EDITORIAL

Advertencia:
Esta obra fue escrita basada en la versión de Cintio Vitier,
editada por VISOR-MADRID, 1991.

Los dibujos, a bolígrafo, pertenecen a María del Carmen Paiva.

Los títulos de este texto, excepto *"Acercamiento"* y *"Despedida"*, pertenecen al libro *"Iluminaciones"* en la versión de Cintio Vitier.

© María del Carmen Paiva
© Arandurã Editorial

Impreso en julio de 2002
en QR Producciones Gráficas
Tte. Fariña 1074
Telefax: (595 21) 214 295

Infancia

I

Este ídolo, ojos negros y crin amarilla, sin padres ni corte, más noble que la fábula, mexicano y flamenco; su dominio, azur y verdor insolentes, corre sobre playas nombradas, por olas sin navíos, con nombres ferozmente griegos, eslavos, célticos.

En el confín del bosque,—las flores de sueño tintinean, estallan, iluminan,— la muchacha de labios de naranja, cruzadas las rodillas en el claro diluvio que surge de los prados, desnudez que sombrean, atraviesan y visten los arcoiris, la flora, el mar.

Damas que giran en las terrazas vecinas al mar; niños y gigantes, soberbios negros en el musgo verde-gris, joyas de pie sobre el suelo graso de los bosquecillos y de los jardines deshelados,—jóvenes madres y grandes hermanas con miradas llenas de peregrinajes, sultanas, princesas de andar y atuendo tiránicos, pequeñas extranjeras y personas dulcemente desdichadas.

¡Qué hastío, la hora del "querido cuerpo" y "querido corazón"!

II

Es ella, la pequeña muerta, detrás de los rosales.—La joven madre difunta desciende la escalinata.—La calesa del primo grita en la arena.—El hermanito (¡está en las Indias!) allí, ante el poniente, en el prado de claveles.—Los ancianos que han sido enterrados, derechos en la muralla de los alhelíes.

El enjambre de hojas de oro rodea la casa del general.—La familia está en el Sur.—Se sigue el camino rojo para llegar a la posada vacía. El castillo está en venta; las persianas, desprendidas.—El cura se habrá llevado la llave de la iglesia.—Alrededor del parque, las viviendas de los guardas están deshabitadas. Las empalizadas son tan altas que sólo se ven las cimas rumorosas. Por otra parte, no hay nada que ver ahí dentro.

Los prados suben a las aldeas sin gallos, sin yunques. La esclusa está levantada. ¡Oh, los calvarios y los molinos del desierto, las islas y las muelas de molino!

Zumbaban flores mágicas. Los taludes lo acunaban. Circulaban bestias de una elegancia fabulosa. Las nubes se amasaban sobre la alta mar hecha de una eternidad de cálidas lágrimas.

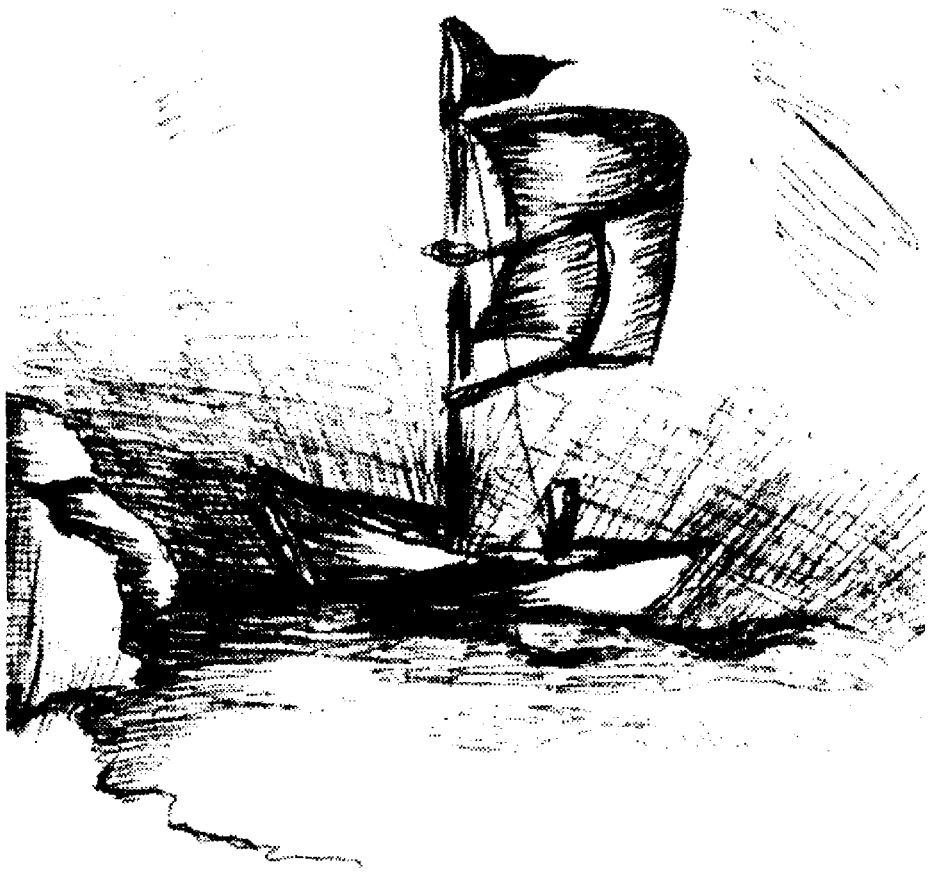
Del libro "Iluminaciones" de A. Rimbaud
(versión de Cintio Vitior – Ediciones Visor)



Acercamiento

Me ladeo hacia aquel espacio de zafiros en el que habitabas, Arthur Rimbaud. Accédeme a acompañarte (legítimamente alucinada) en tu oscura soledad de piedra y agua, así como aventurarme en aquella travesía tuya de flores y de mar junto a la muerte, antes de tu fatiga.

No tengo otra elección que reiterar tus vocablos, a menudo, con el intento de aprehender los signos que te definen, así como de grabar los colores de tu inocencia lastimada. Aparte de entender que ya nada puede turbarte.



Después del diluvio

Partiste con tu impulso repetido. Detrás de ti, tus "reinas" y tus "hijas" tras las "flores abiertas" y "las piedras preciosas", las que "ocultaban" la condena de tus delirios.

Yo te observaba desde la "ancha calle sucia". Vi cómo desaparecían "las barcas", abandonando un arco iris en la pendiente de tu éxtasis retenido. No percibí los latidos de tu cárdeno corazón, pues las imágenes de tus palabras calladas me sedujeron.

Niño consternado, uva celeste: la vida te ha conjurado. No obstante, te ocupaste de la música en Los Alpes, y de los "niños de luto" con sus miradas de sangre "en los cien mil altares".

¡Ah, si hubiéramos sido amigos, permaneciendo aislados de la contienda franco-prusiana! Tú, suspendido en el "vergel" como un ángel; yo, cautiva en el "tomillo" de los "chacales".

De pronto, me volví "retoño" en la "arboleda violeta" para vigilar tu alegría extraviada.



Infancia

Esta noche, la luna es un aguamarina, para tu libertad soñada.

Al reposar la "amargura" en un callado "metal", te detiene una lucerna –débil esperanza–. Mas yo estoy allí, y veo brillar una lámpara custodia. Al otro lado del muro, duermen los perros.

El agua del Este, hacia el Sur, está vacía.

Nórdica, Ibérica –por una lejana decisión– indígena, me traslado al punto de tu arrojo y de tu lucidez.

Adivino tu pensamiento: "pequeñas extranjeras y personas dulcemente desdichadas". ¿Quién no lo es de vez en cuando y, a menudo, siempre? Reaparecen de cualquier manera, los tulipanes. Duerme pequeño galo-franco, mexicano-flamenco, que no se te apodere el hastío. Quién sabe qué contrariedad se te mudó en el regazo de la Provincia, en Charleville, durante el "diluvio".

La magia rodea el tiempo.

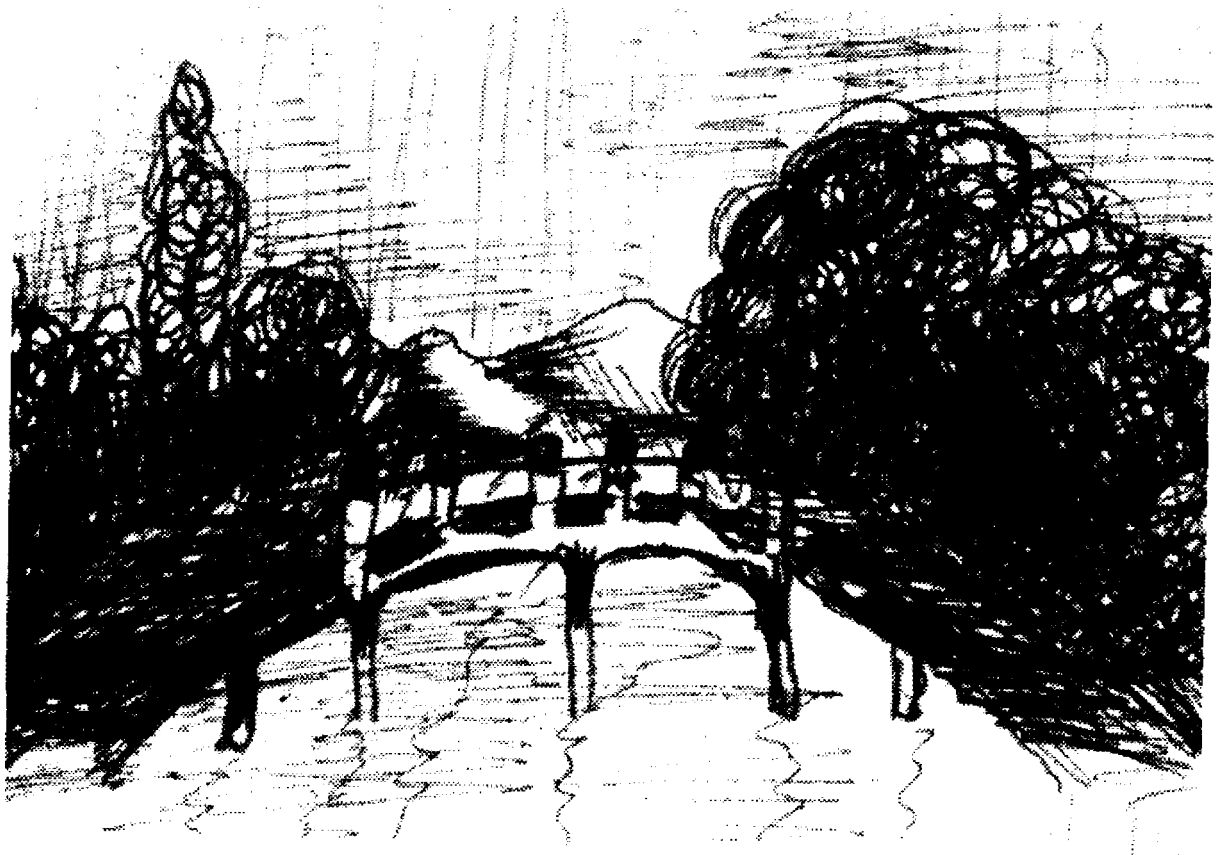
Aún faltan diecisiete años para blanquear la tumba. ¿La blanquearon, Arthur?



Cuento

Príncipe errante, buscador de alimentos celestiales, amordazado con la enérgica leche de tu madre, querías ser disoluto –el genio solía ganarte–. Incendiaste tu palacio y cubriste de lágrimas tu camino de serpientes. Mas nada podía consumarse tan precipitadamente. Hasta hoy, la libertad y la igualdad se retardan cual ansiosos luceros por la senda huidiza. En este tiempo, te hubieras regocijado y asqueado, paso a paso, señor Rimbaud, igual que antes.

El viento trae un arrullo dulce de los jardines de la Redención. Yo canto suavemente, ensayando a reparar tus desprecios y tu gélida mirada, pálida y triste.



Parada

La farsa se instala con su cinto de colores; "bufones con trajes improvisados" Tu prédica arranca contra "la marcha cruel de los oropeles". Las "canciones para señoritas" son inventadas por juglares del pasado, o por algún maestro de música con los anteojos caídos delante de un piano cansado, para luego desnudarlas en una pista de baile casi oscura, al ritmo de un sonido metálico. Delante y detrás del telón se mistifica la vida. De alguna manera se inventa una alegría que no engaña y que dura poco tiempo. Por tal motivo, nos introducimos bajo un

puente, y nos desmayamos hasta el silencio que acarrea el atardecer.

Regresamos después de la salida de los integrantes de la fanfarria, y de los engañados.



Antiguo

Mi corazón tiembla cuando admiro "los muslos moviéndose dulcemente", percatándose –a Arthur, me refiero– de ese sutil movimiento.

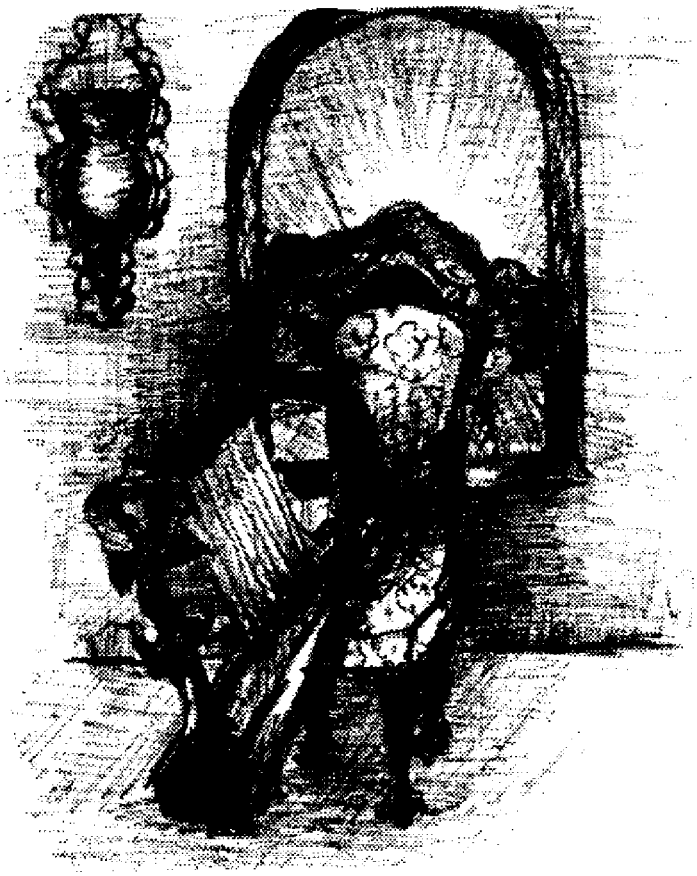
Desafío a tu incógnita, a tu desesperado rumbo abierto y disipado. Me alarma proseguir el hilo de tu horizonte sencillamente bello, y verte ascender por esa vertical de cuerpos absolutamente luminosos, que eriges en desgracia. ¡Ay de mí, detrás de ti!

La patria está donde plantas un árbol y esperas a que crezca, entre tanto permites que emerjan sus tesoros. Luego, te sientas con el frescor de sus ramas, y lo amas hasta la muerte.

La luna más dulce se posa en un mar de cristal. Más tarde, el sol estalla sobre las crestas de jade, antes del sueño.

Tú duermes con el perfume penetrante de las hierbas. Duermes. Seguidamente, el olvido.

Allá va Arthur, al final de sus pesadillas, caminando ligero por las colinas, bajo la bóveda de plomo. A un lado, al borde de la fronda, remotos, desfilan jinetes de hielo, lentamente.



Being beauteous

Con la nieve y los colores, voy rastreándote.

Observa mi cuerpo amoroso, con el tuyo, escabulléndose entre los "silbidos mortales" y "los estremecimientos" de la guerra.

Sí, Arthur, el "mundo" "lanza", desde lejos, su música más excelsa.



Vidas

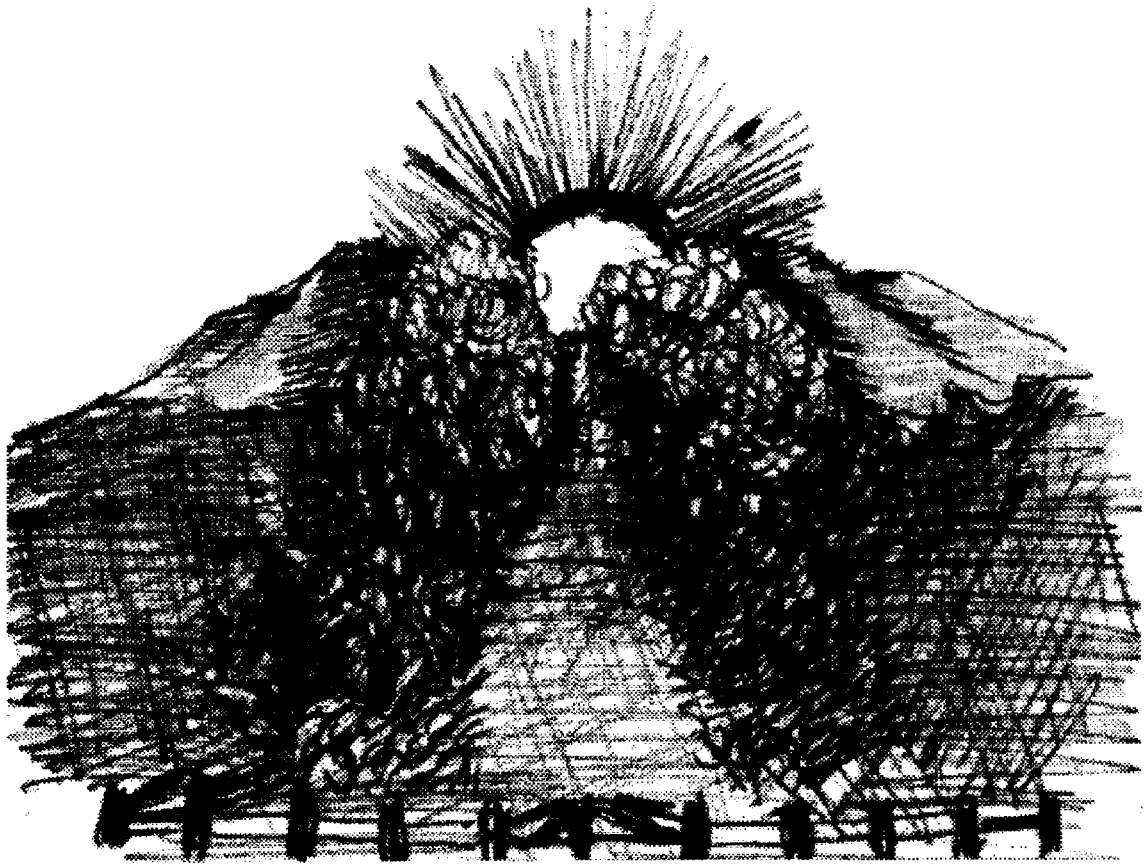
Fantasma de la hermosura, solitario ante lo absoluto, hagamos un hechizo a mi estilo. Viajemos en pos de la belleza. Dejemos la tragedia de la vida, y reverenciémosle. Qué importa la diferencia que existe entre tu verdad y la mía. Pertenecemos a la eternidad.

Veamos el revuelo de los "pichones escarlatas", sin sangre, sólo coloreados por el ocaso que se aproxima. Un ángel nos llama. Tu infancia y la mía, enlazadas con una cinta malva añeja –extravío misterioso de los

poetas–. Tu juventud y la mía, columpiándose en el verdor de sus almas, desligadas del lazo.

No puedes avanzar hacia mí, Arthur. Existen brebajes que nunca los podrás beber. Hay una línea que divide nuestras vidas.

Ahora, yo acuno, en un sillón azul, mis historias.



Partida

Ambos hemos visto lo necesario, hondamente, casi siempre a la salida del sol, porque después reflexionamos, y escribimos nuestros libros. Tuvimos, también, la alegría de contemplar durante la noche el desierto de los espíritus indómitos entre "rumores" y "visiones". Y todo esto, cada uno por su lado.

Continuamos con la tristeza de abandonar lo que admiramos.

Allá, la esperanza.



Realeza

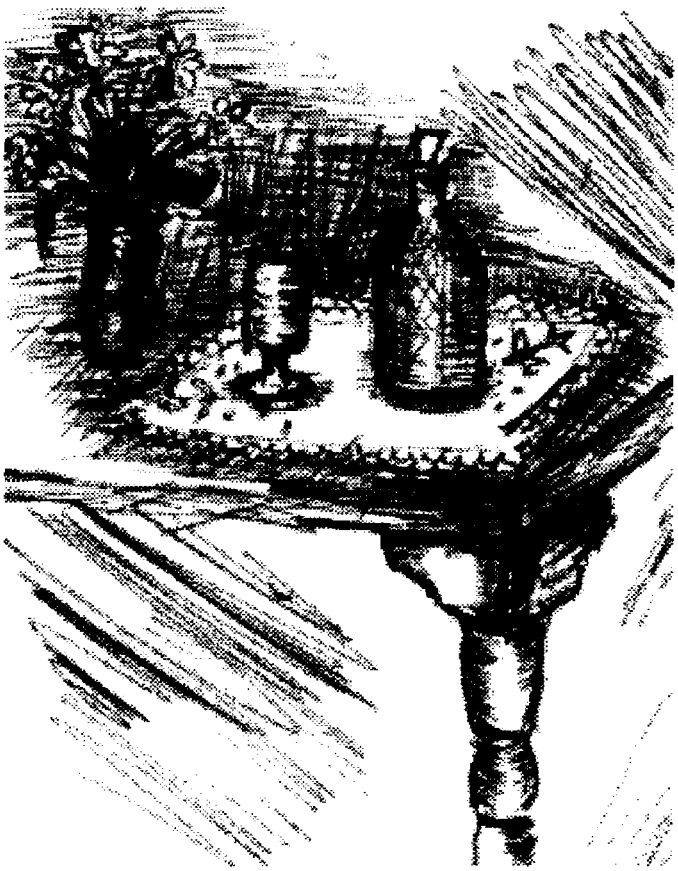
¿Fuiste alguna vez rey, toda una mañana? Tu visión hizo rilar las horas del día. Yo nunca fui reina, ni quiero imaginármelo, pero lo sería, por darte el gusto, si quisieras.

Amanecemos en los "jardines de palma". Hoy intentaré ayudarte a observar el infinito dentro de ti. Ahuyentaré el velo que cubre tu desdicha. Festejaremos esto en un valle verde y puro.



A una razón

"Llegada de siempre, te irás por todas partes". Así es, Arthur, alguien llega desde siempre, porque así tenía que suceder, y se queda en la memoria. Sin darnos cuenta, se convierte en un árbol de cristal, dentro de una vidriera, con un pájaro encantado que la picotea de tanto en tanto.



Mañana de embriaguez

"¡Oh mi Bien! ¡Oh mi belleza!"

Alegría desorbitada. Libre y maravilloso el cuerpo. La risa de los niños, para cumplir un amor verdadero, traslúcido. sin repugnancia.

Tu vigilia te ha embriagado. Sé que tu limpidez debo ubicar en tu sincero dolor.



Frases

Tienes necesidad de dulzura. Me informa la frialdad de tus ojos. Contradictoriamente, hierve un "Diluvio" de miel en tu corazón inaudito, en una "casa de música" para espantar a los "monstruos". Añado a la puerta cerrada una corona de "acequias" "herrumbrosas" del mes de "julio" para honrar a los detalles que extraes de tu andar.

Percibo fragancia de melancolía antes de que te "arrojes" al "lecho" oscuro, de una noche sin fulgores, y sueñes con tus "reinas".



Obreros

Decides dormir con la miseria; das a entender que la tristeza, al menos ese día, tiene falda "con dibujos pardos y blancos" de otro siglo. Tristeza, de la cual deseas deshacerte sin dar nada más que el testimonio de la belleza de su imperio. ¡Arthur!, hubiéramos hecho volar un cometa sobre aquellos campos teñidos de estío.

Ubiquemos una barca ligera de papel en la primera corriente que se nos cruce para exorcizar el día. Sellemos esta relación fabulosa. ¡Ay, qué desamparo glacial en el hueco de esa mano!



Los puentes

Te propongo un pasaje diferente a los que viste. Uno, con pilares de color turquesa, que sostenga tus piernas ebrias y las mías invisibles, revestidos de anticipadas chispas de Chipre.

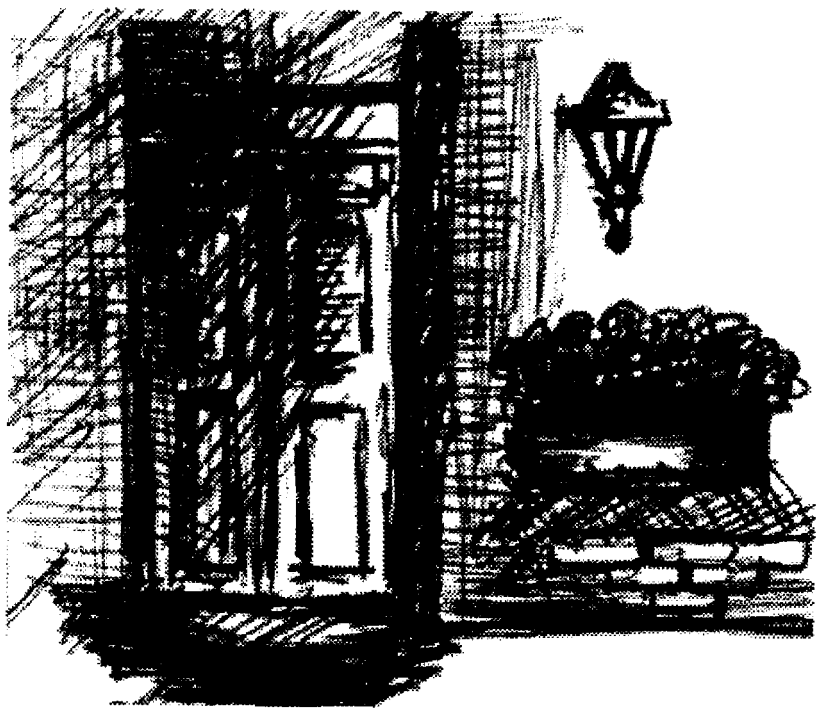
En el pasillo resbaladizo debe lucir, a un lado, un recipiente con caracoles musicales –ofrenda ésta de la piedad del mar–, el mismo que algún día te llevará y te traerá de vuelta. Desde aquel momento te perderé.



Huellas

Se fueron los del "desfile de hechicerías". Subsisten en el ambiente las faces de los corceles engalanados, y en el césped aplastado los carros de color de oro. Apenas el eco de las risas de los niños en la polvareda del camino.

Voy contigua a tu extravío, manchada de penumbras lilas, en una búsqueda ciega de la libertad y la pureza.



Ciudades

¡Qué hermosas estampas! Si hoy vieras las torres de hierro y de cristal, y las masas de cemento cubriendo la superficie de la tierra. Y las luces, Arthur, tan opuestas a las del cielo. Cabrillean engañosas, como las mentiras de siempre.

Las ciudades, aunque cambiaron, en el fondo son las mismas. Guardan miedos, coraje, ilusión y ruinas, y también cariño.

Existen menos árboles. Los que sobreviven, se alzan plateados bajo la luna tocada, uniendo poblaciones de santas y de brujas.

Yo aún hago arder velas blancas, porque me alborozan, y me hacen oír "músicas desconocidas", así como vislumbrar espectros benévolos en las paredes claras.



Mística

Vamos por la pendiente. Nos acompañan los "ángeles" de "esmeraldas" en los "prados de llamas".

Expones tan bien las "noches humanas", con el cielo que las circunda: sobre todo, frente al "talud".

Yo estoy allí, tocándote el hombro, hundiéndoseme los dedos en el precipicio.

Vi contigo "el abismo floreciente contra nuestros rostros".

Sostenme, antes de retirarme para siempre.



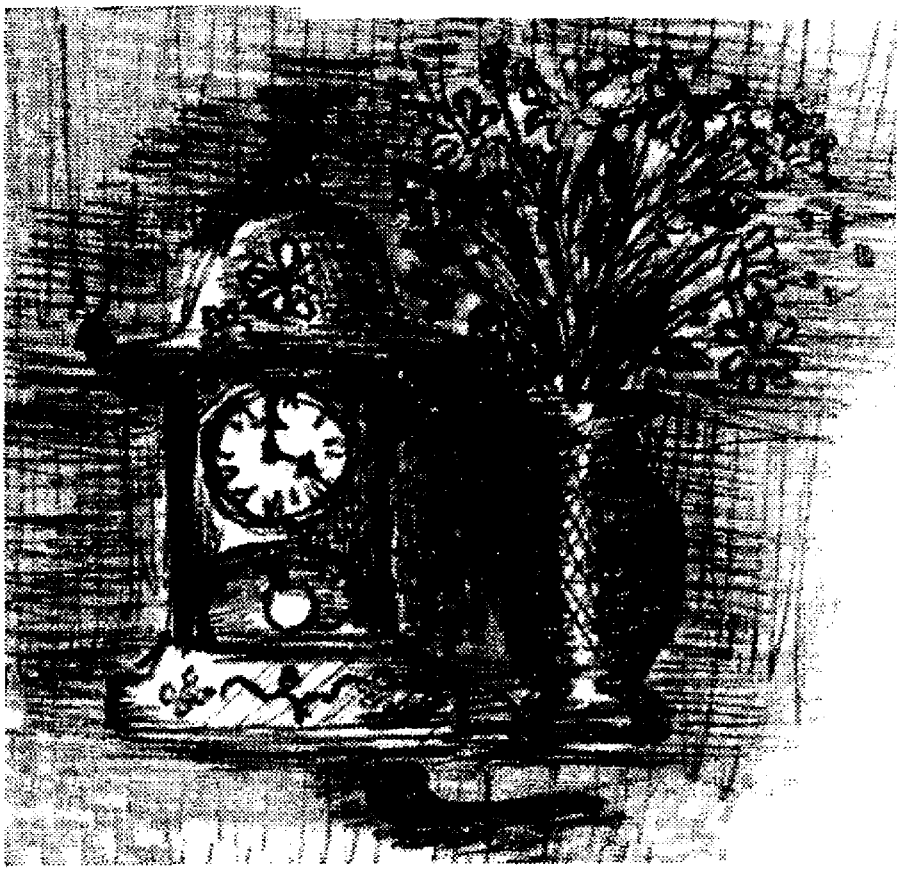
Alba

Me acuesto a tu lado –encantadoramente– este verano, en el "bosque espeso", con el "agua muerta" en el lago de los ojos. Tú fantaseas, y yo contigo bajo el dominio de los astros y de los pájaros invisibles.

La "flor de pasada", por poco te hace el amor, cerca de la "cascada". No te percatas de eso, inocente. No sabes todo.

No puedo alcanzarte, pues vas de prisa por el verdor de los campos, y te escapas hacia los "techos" "curvados" con esos velos que te desconciertan el alma.

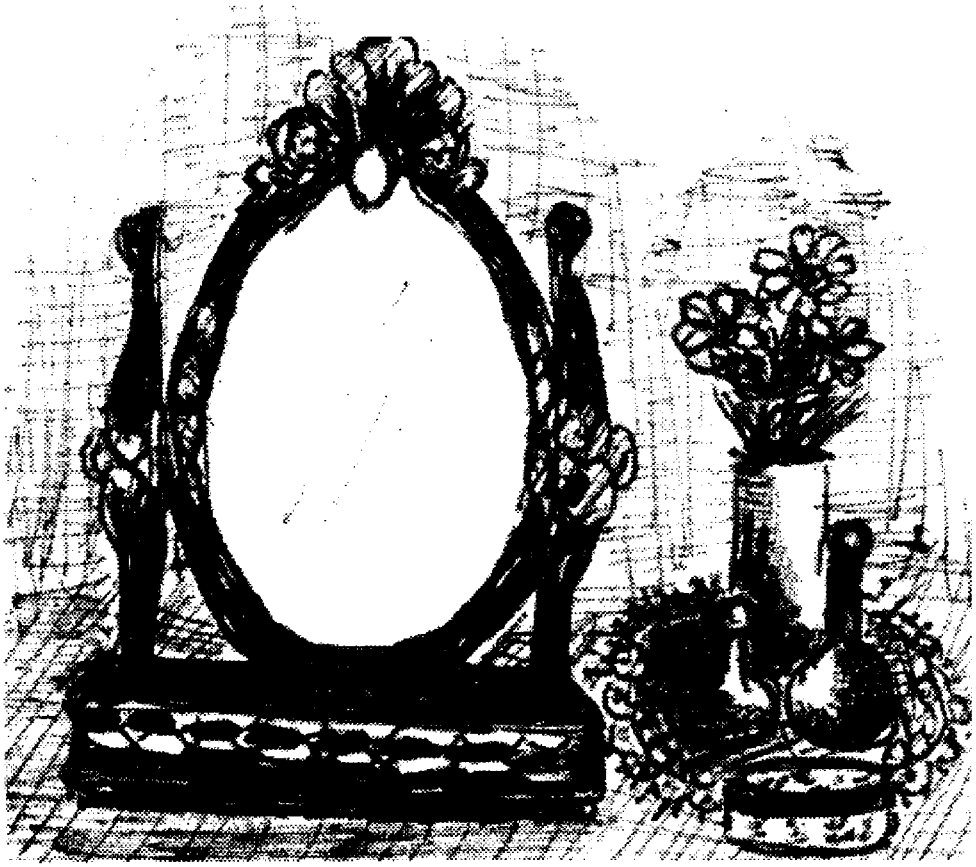
Nos cansamos.



Flores

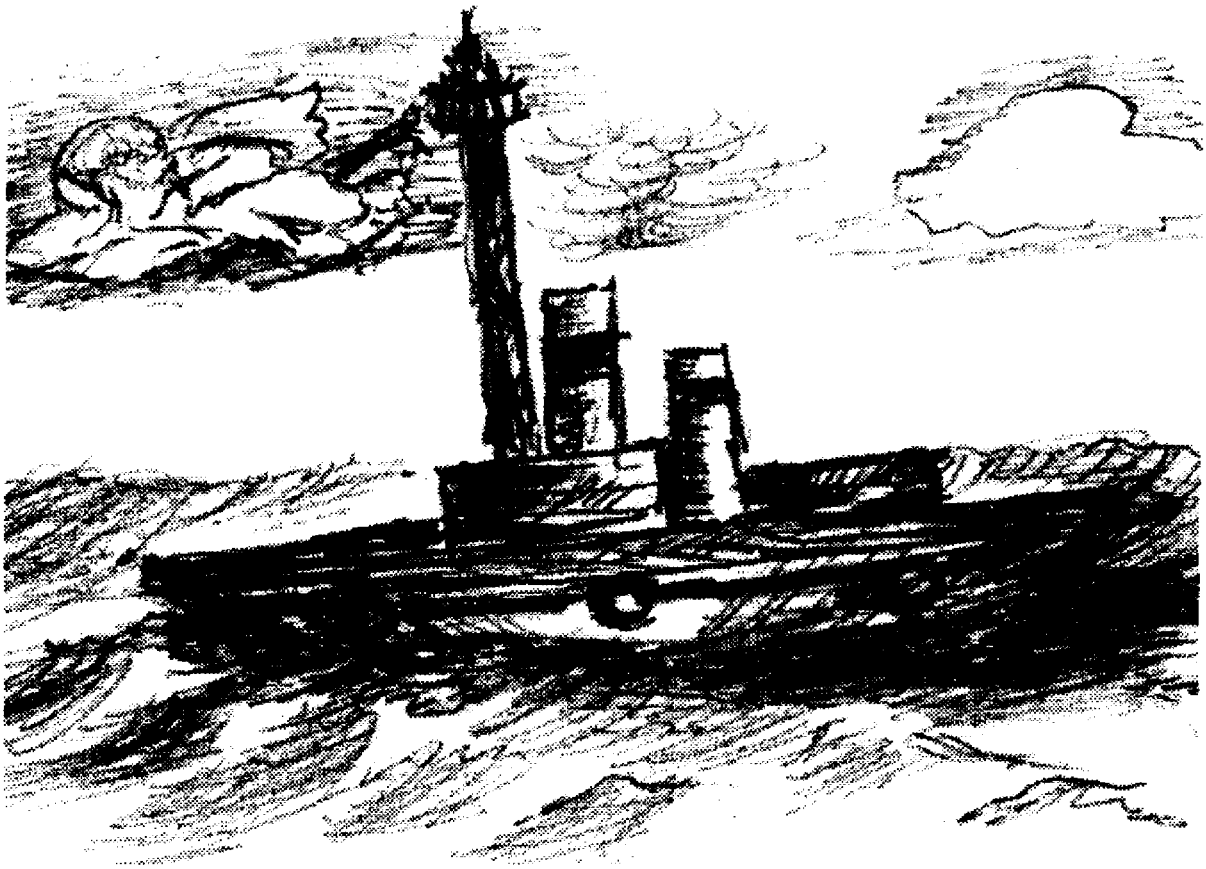
Aparecen las flores para cubrir el dolor que padecemos. Arthur y yo construimos guirnaldas para las cabelleras de las vírgenes que llegan al punto. Por las calles transitan seres misteriosos con el viento agitando sus vestidos.

Hay una "muchedumbre", dice Arthur, en "las terrazas de mármol", y "fuertes rosas".



Nocturno vulgar

Allá vamos, en el tiempo que te dio la vida. Entretanto tú divisas en el "defecto de algún espejo", las figuras humanas, las hojas, los senos; yo distingo tu silueta a través del cristal, y a tus blancas manos posarse sobre tus rodillas. Tu corazón brinca con el rescate deseado. Nos detenemos.



Marina

¿Por qué no, carrozas de nubes ligeras, o barcos de madera olorosa de las selvas de América, en los reflejos del hielo donde navegan nuestros espíritus?



Fiesta de invierno

En tus fiestas, el divertimento. Afuera, la llovizna que enfría. Adentro el hogar encendido con el lecho tibio y el buen vino. Tú y yo, Arthur, deberíamos quemar hojarasca en el horno de hierro de nuestras abuelas, y reírnos un rato, con las "Ninfas de Horacio", después de las "Rondas Siberianas".



Angustia

Te angustias enormemente; eso me hace infeliz. Si supieras que dentro de ti está la gloria, la alcoba de seda que persigues.

No haces mal cuando te adelantas. En cambio, das el paso falso cuando arrojas en agua turbia tus aciertos.

Ignoras que puedes recuperarte como el follaje de los árboles y el deshielo que viene y que va.

Te hallas contrito. Qué puedo hacer contigo, genio loco. Me haces llorar.



Metropolitano

¿Qué buscabas en la humareda roja de la batalla, en el "desierto de betún", en "la campiña", en esos "caminos de damascos maldicientes", bajo "el cielo" con tu "fuerza"? Creo que encontraste, en el último instante, el amparo.



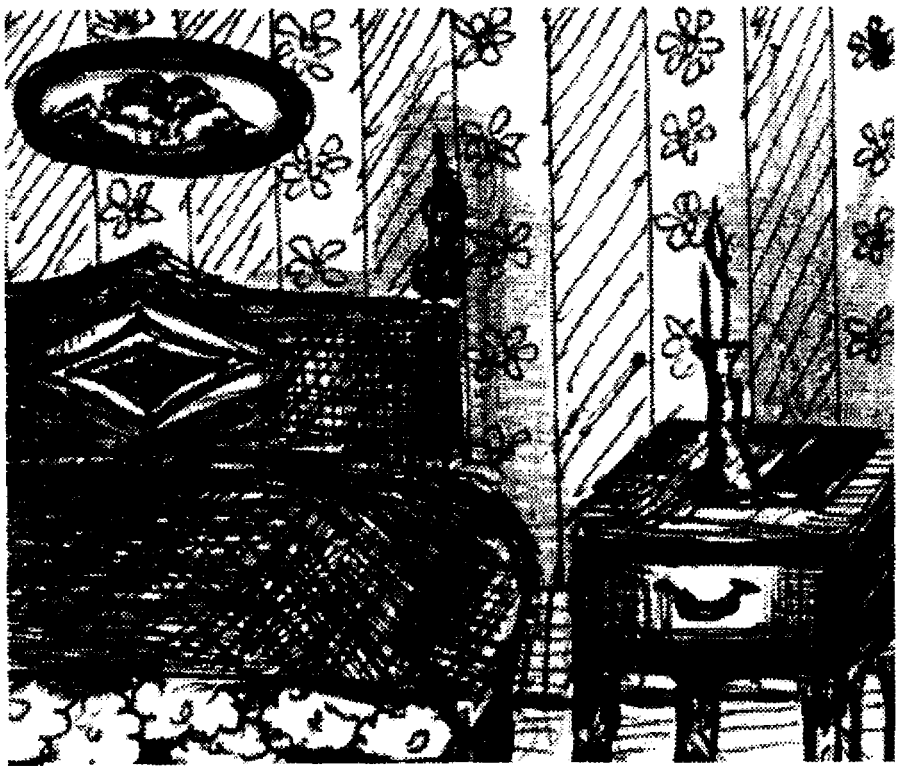
Bárbaro

Durante las fanfarrias "sangrantes" inventaste una flor para tu sosiego. Yo reúno bruselas y menta para festejar nuestro encuentro en la pradera, apartados de los "viejos refugios", donde preparamos una fogata santa bajo un cielo bueno.



Promontorio

De una sola vista abarcaste el mundo con ojos alados, fantásticos. Vislumbraste mares fastuosos, bosques, construcciones elegantes, desiertos y glaciares. Ante ti, en el "Promontorio", una legión iluminada de imágenes.



Escenas

En el "anfiteatro coronado de bosquecillos", yo me encontraba sentada en uno de los "tabiques", entre la multitud azarosa, y los comediantes en las "galerías y las candilejas".

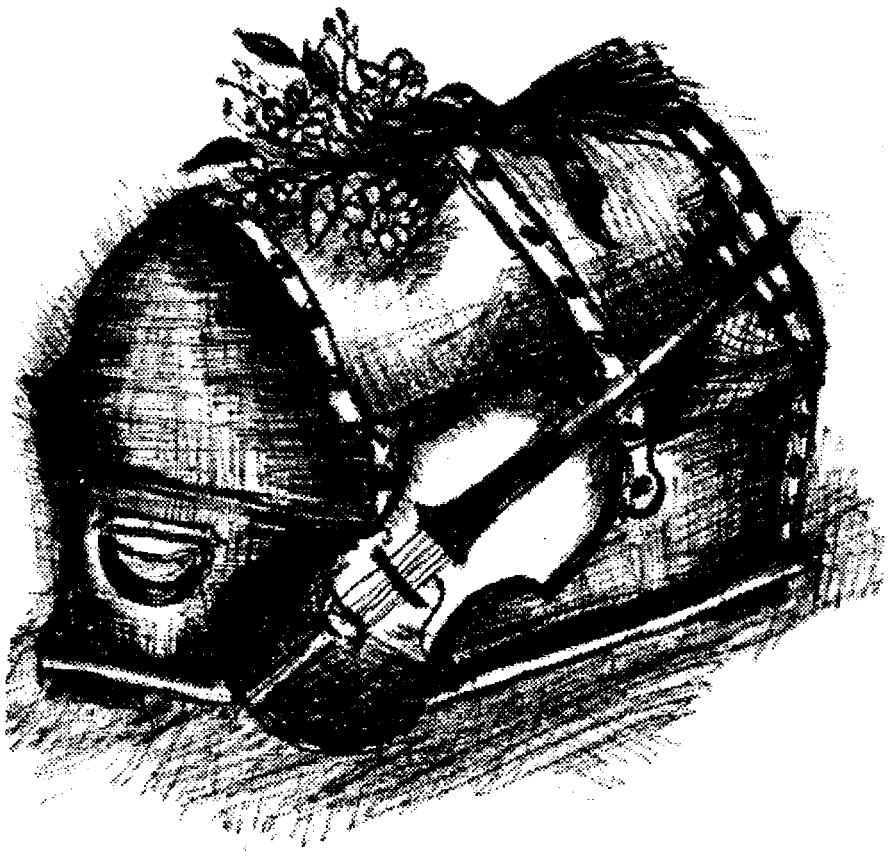
Esa noche no estuvimos juntos, pues la multitud colmaba mi limitada comparecencia.

La música, la exaltación de los romances, la agitada expectativa reinante, te ocultaron.

Verde el bosque, verde el mar, verde el oscuro cielo en la huida.

Te imaginé solo y rebelde, único. De manera que debías de estar ausente en aquel entrevero.

Me sentí abandonada, temerosa por ti.



Tarde histórica

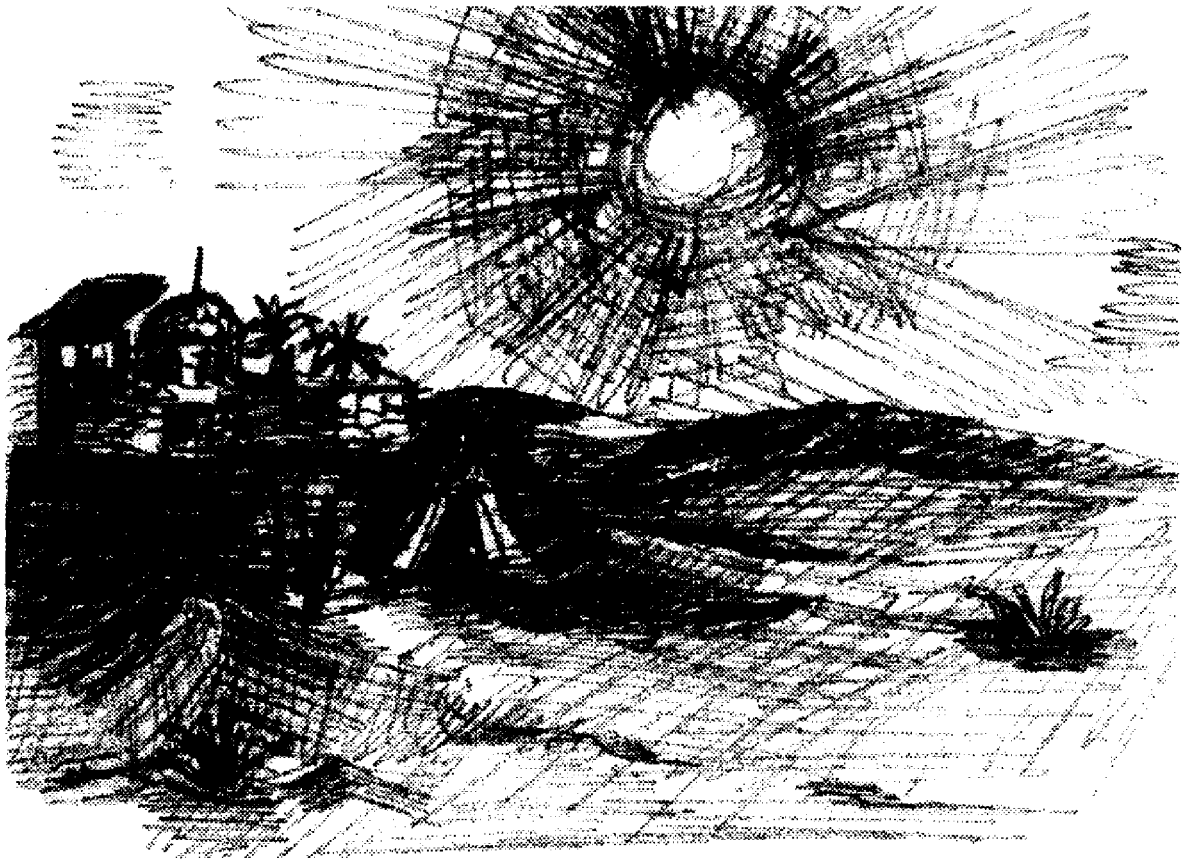
Observamos el paso de la cacería, trémulos sobre el césped, frente al bosque del sacrificio. Estamos callados. Tú piensas en la construcción de Alemania, y se te acerca África: tu castigo.

Bailemos, Arthur, en este presagio de océano. Hundámonos en la corriente del tiempo. Ven a este otro siglo, con otras olas ruidosas y acariciantes. De un lado a otro, Europa y África. En alta mar, una profusión de espíritus lozanos, traídos por los vientos de los lejanos

tiempos de Troya, y otros, un poco más cercanos: moros blancos y negros, flameando sus espadas amenazantes.

Se oye por un instante, el galope de los caballos perdiéndose en la florescencia de amapolas.

En el Sur compré tus libros. Colaboraste, Arthur, para que este mundo sea más bello. Participaron tu talento y el sacrificio que te agotó. No te aflijas. La paz reposa en las briznas reverdecidas.

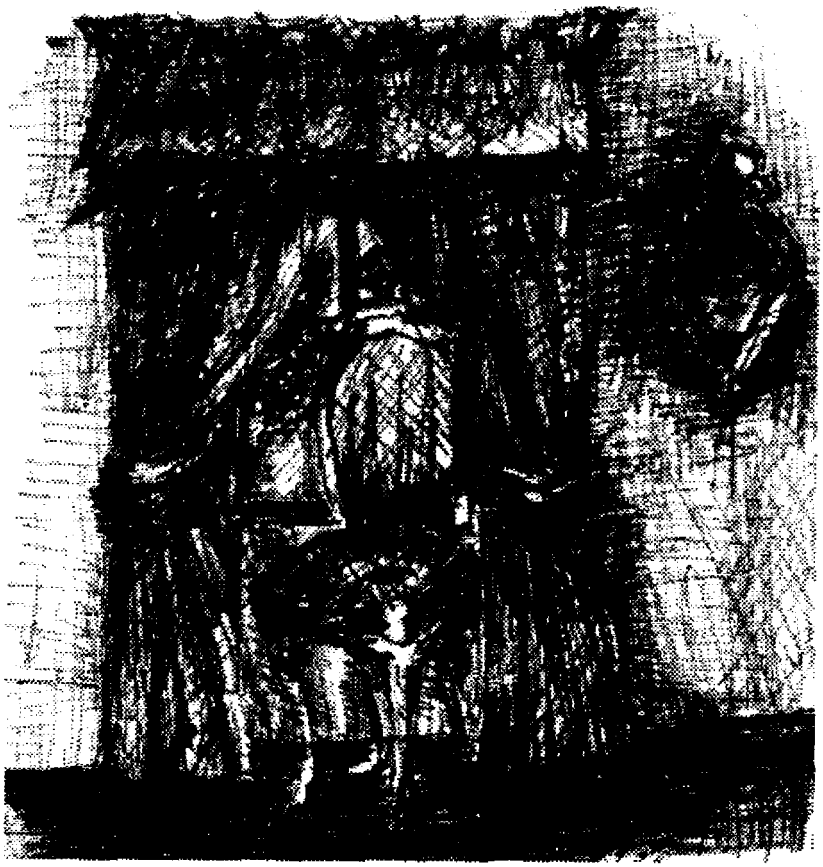


Movimiento

Continúas, afortunadamente, describiendo lo que ves, con el "vértigo" de lo que vendrá después. Trasueña cuanto puedas con tus inalterables brialinos, preanunciando la ensortijada arena de la desolación bajo los fulgurantes astros del Oriente, que no lo expresarás, porque habrás de convertirte en mudo constructor de tu clausura.

Compasivamente beso en tu frente, la razón de tu existir.

Deseo y no, retenerte, antes de que finalice "Iluminaciones".



Bottom

Estuve haciéndome ilusiones. Qué tanto. No siempre pensabas bien. Al fin de cuentas, tú eras el que se inquietaba con altos vuelos y cortos viajes. No me contradigas. Qué otra cosa podías hacer con tal genio. Soñador obediente a tu trazo de martirio. Precio que te obligaste a pagar.

Me daría el gusto de obsequiarte un diamante y una flor. El uno por tu enfrentamiento con lo imperioso, la otra, por tu dulzura escondida. Brillante Arthur.



Devoción

De Tus devociones escojo tu adolescencia, por el misterio que descubre y el arrojo que la impulsa; la "cofia azul vuelta al mar" de tu hermana Luise (devoción que se adivina); el "corazón ámbar" y valiente de la "noche roja" y tu "plegaria muda" cuando las fieras se te asoman a los ojos.

A cambio de todo esto, te ofrezco un cuerpo celeste diáfano, que lo concebí una tarde de fuego interior, para mi descanso; y mi amor a tanta gente.

Compartimos la limpidez y la belleza.



Fairy

Mi contento por Helena, la musa que te danzó ante los ojos con sus "pájaros mudos" y sus "amores muertos". Destello que te acosó cerca de un montón de leñas para soñar.

Pienso en tu plumaje al borde del delirio, y cómo se estremece antes de volar, cual una mariposa pajiza.



Genio

Desolado, frente al "invierno", con las garras de la noche –tan secreta– amenazándote. Imagino aquella vertical entre el visionario pulcro de nacimiento, herido en la esencia que le concedió la leche que le hizo crecer; y el "yo es otro", dulce y contrito: lirio que se congeló.

Él es la medida perfecta, Arthur. No necesito decirte ya.

Te diré lo que te hubiera dicho en el trajín de las imágenes, si hubiera estado contigo: Te amo, Arthur, más que a los bellos follajes de otoño; que a la suave brisa continua de los caminos del Norte; tal como fuiste y te tocó vivir; con los brazos exactos que te esperaban en Charleville; con tu impaciencia y tu desborde al describir lo que pensabas cuando veías; en la desesperación que te atribuló, y en la firmeza que te sostuvo. En ese tenaz aislamiento al otro lado del mar. Al final, en Marsella.



Despedida

Arthur, galo insolente de cabello ambarino. Hermoso como el estío. Ardiente como el ramullo enardecido del invierno para entrar en calor. Perdido en la ciudad, en el mar, en la arena. Doliente ilustre de la prosa y de la poesía. Deseo cuidarte, pero ya elaboraste tu hazaña. Algún reloj te confirió el tiempo de la muerte. La Piedad te cerró los ojos.

Con el intento de acercarme a tu inteligencia amorosa, elevo mi voz al cielo de los planetas puros, para agasajarte.

Nos encontraremos, Arthur, donde la vida no duele.

Jean Arthur Rimbaud nació en Charleville, Ardennes, norte de Francia, el 20 de octubre de 1854. Poseía una inteligencia excepcional y un físico agraciado.

De los grandes poetas del pos-romanticismo francés, como Baudelaire, Verlaine, Mallarmé y Rimbaud, fue Rimbaud quien se adelantó a su época, exponiendo los conflictos que se plantearía el ser humano más adelante, tal cual lo percibía en sí mismo. De ese modo, donó al mundo la poesía "más libertadora", "*una de las más bellas de la lengua francesa*", *según el crítico* Yves Bonnefoy. Asimismo, Paul Verlaine asevera que "el inmenso poeta" "a los dieciséis años, ya había escrito los versos más hermosos del mundo". Sin embargo, la angustia y la soledad lo dominaban, así como algunas experiencias desdichadas. Pese a ello, fue un visionario que dejó atrás la burguesía sutil, para involucrarse con la dramática búsqueda de la libertad del espíritu moderno, con un estilo inventado por él y enriquecido por símbolos y metáforas deslumbrantes.

El lúcido escritor creía en Dios, mas no aceptaba la Redención. Su visión griega-cristiana lo envolvía en una controversia existencial.

Su obra *Una temporada en el infierno*, anteriormente llamada *Libro pagano*, traduce una gran desesperanza, lo cual indica el dolor que lo consumía y que no podía resolverlo. ("¡Dios mío, piedad, ocúltame, estoy enfermo!").

Sus poesías, editadas en 1895, exponen el duro carácter de su madre, los atractivos y rechazos de aquel entorno, sus fugas de la casa materna, y su espíritu aventurero.

Se estima que *Iluminaciones* lo escribió inspirado en uno de sus viajes durante la guerra franco-prusiana (1870-1871), consistente en una serie de prosas poéticas .

Tiempo después, cruzó el trecho de mar que lo separaba de África. Se instaló en ella, realizando en silencio, entre otras actividades, trabajos de construcción.

Enfermo ya, regresó a Marsella, donde fue preciso amputarle una pierna. Fue asistido por su hermana Louise hasta su muerte, que aconteció el 10 de noviembre de 1891, a los 37 años de edad.

María del Carmen Paiva